

## EL ARTE DE LA LENTITUD

TAL VEZ NECESITAMOS recuperar ese arte tan humano que es la lentitud. Nuestros estilos de vida parecen contaminados irremediamente por una presión que escapa a nuestro control; no hay tiempo que perder; queremos alcanzar las metas lo más rápidamente posible; los procesos nos desgastan, las preguntas nos retrasan, los sentimientos son un puro despilfarro; nos dicen que lo que importa son los resultados, solo los resultados. A causa de esto, el ritmo de las actividades se ha tornado despiadadamente inhumano.

Cada nuevo proyecto es más absorbente que el anterior y aspira a anteponerse a todo. La jornada laboral se extiende e invade la esfera privada. Pero también aquí hay que estar conectado y disponible en todo momento. Pasamos a vivir en un espacio abierto, sin paredes ni márgenes, sin días

diferentes unos de otros, sin rituales transformadores, en un continuo obsesivo, controlado al minuto. Nos sentimos agobiados y hacemos las cosas sin ganas, avasallados por agendas y jornadas sucesivas que nos hacen sentir que amanecemos con retraso. Deberíamos, sin embargo, reflexionar sobre lo que vamos perdiendo, sobre lo que se va quedando atrás, latente o en sordina, sobre lo que dejamos de saber cuando permitimos que la prisa nos condicione de esta suerte. Con razón Milan Kundera, en su magnífico libro *La lentitud*, escribe: «Cuando las cosas suceden con tal rapidez, nadie puede estar seguro de nada, de nada en absoluto, ni siquiera de sí mismo.» A continuación explica que el grado de lentitud es directamente proporcional a la intensidad de la memoria, mientras que el grado de velocidad es directamente proporcional al del olvido. Es decir: incluso la impresión de dominar varios frentes, incluso la sensación de omnipotencia que la prisa nos proporciona, es ficticia. La prisa nos condena al olvido.

Pasamos por las cosas sin habitarlas, hablamos con los demás sin escucharlos, acumulamos información que no llegaremos a profundizar. Todo transcurre a un galope ruidoso, vehemente

y efímero. Realmente, la velocidad a la que vivimos nos impide vivir. Una posible alternativa sería rescatar nuestra relación con el tiempo. Poco a poco, paso a paso. Esto no es posible sin una relajación interior. Justamente porque es enorme la presión para decidir, precisamos de una lentitud que nos proteja de las precipitaciones mecánicas, de los gestos ciegamente compulsivos, de las palabras repetidas y banales. Justamente porque nos vemos obligados a desdoblarnos y multiplicarnos, necesitamos reaprender el aquí y ahora de la presencia, necesitamos reaprender lo entero, lo intacto, lo concentrado, lo atento y lo uno.

Aunque en las sociedades occidentales modernas la lentitud haya perdido su estatus, sigue siendo un antídoto contra el patrón normalizador. La lentitud intenta huir de lo cuadrículado; se arriesga a trascender lo meramente funcional y utilitario; elige en más ocasiones convivir con la vida silenciosa; registra los pequeños tránsitos de sentido, las variaciones de sabor y sus minucias fascinantes, el palpar tan íntimo y diverso que puede tener luz.

## EL ARTE DE NO SABER

CREO QUE en las próximas décadas, y en las siguientes e incluso en las que vendrán durante milenios, la humanidad sabrá qué pensar. No pertenezco al exclusivo club de los pesimistas históricos; los discursos sobre la decadencia me hastían. Del mismo modo, confieso que los optimistas me desconciertan. Los hilos con los que se hilvana la historia no son descendentes ni ascendentes: son solo hilos. Los que les tocó vivir a cada tiempo y a cada generación. Lo que importa es que los hilos perduren de infinitas maneras, resistiendo tanto a catástrofes como a triunfos (¡Dios sabe cuán difícil es renacer tanto después de las unas como de los otros!). Por eso creo que la humanidad del futuro sabrá en verdad qué pensar. No resulta difícil imaginar que los saberes se desarrollarán y alcanzarán nuevos ámbitos, y que algunos constituirán

una sorpresa absoluta, aunque solo sea porque los tuvimos ante nuestras narices durante largo tiempo y no los supimos aprovechar. Quizás no había llegado su momento. O puede que sí, que fuéramos nosotros quienes fallamos por completo, algo que debemos reconocer.

No es difícil conjeturar que surgirán nuevas gramáticas para comprender e intervenir en el mundo, y que algunas nos reafirmarán y otras se opondrán a lo que hemos sido, reinventando de manera radical métodos y propósitos. Pero, en el fondo, ¿qué importa todo eso? De poco sirve aferrarnos a nuestros puntos de llegada, como si fueran los únicos legítimos, cuando más bien deberíamos bendecir el futuro que nos declare obsoletos. Bendito el futuro que se ría de nosotros por haberlo confundido todo: el desplazamiento con el viaje, la aproximación con el encuentro, la propiedad de las cosas con su uso, la acumulación de bienes con su sano disfrute. Bendito el futuro que nos critique por haber producido tanto y haberlo distribuido tan mal, por haber llegado a la Luna y resistirnos tanto, pero tanto, a conocer nuestro propio corazón. Bendito el futuro en que las tecnologías dejen de ser un fetiche en manos del mercado, como en

buena medida lo son ahora, y se conviertan en un instrumento que se ajuste a la vida, como sucedió, por ejemplo, con el arado o la rueda. Bendito el futuro que nos inspire modos de existencia más auténticos, más atentos con el ser humano, pero también con el resto de criaturas que comparten con nosotros esta aventura misteriosa y que tan poco conocemos. El futuro encontrará el espacio y la expresión de su pensamiento.

Aún anhelo algo más: que la humanidad llamada a habitar lo que para nosotros es el futuro sienta a veces que no sabe qué pensar. Es decir, que se deje desconcertar por el inefable esplendor de cada amanecer; que se quede sin palabras ante el mar, como aquellos que lo vieron por primera vez; que se sienta irresistiblemente atraída por la variedad de colores, volúmenes y fragancias del paisaje diurno y nocturno; que se estremezca al entrar en contacto con el agua; que mantenga la capacidad de asombro ante la manera en que el viento arrastra nuestras voces felices en la distancia; que mire de la misma manera despreocupada la lluvia, los campos anegados en silencio, las cosas pequeñas y las más grandes, el paso de las nubes, las amapolas diseminadas en los campos semejantes a

palabras que sueñan. Deseo fervientemente que la humanidad del futuro saboree la turbación por lo que permanece abierto no por escasez, sino por exceso, y no se apresure a catalogar, describir o apresar. Que su forma de comprensión sea una nueva manera de mantener intacto (o de aumentar incluso) el asombro.